

EL GRAN MISTICO¹

(Después de rezar en la tumba de Martí)

Le conocí en Nueva York al año 1891. Fuimos amigos, muy amigos. Conservo algunas pruebas de aquella amistad dulce, noble, elevada con que paternalmente me distinguía, en renglones trazados por su mano.

Desde Lima me presentó a él y me recomendó mucho, el célebre escritor ecuatoriano Nicolás Augusto González. Y - ¿puede creerse?- he conocido a Nicolás Augusto personalmente, sólo hace pocos meses, en Panamá. Éramos amigos epistolares y él nos hizo amigos íntimos, hablando al uno del otro, en sus misivas, el emigrado cubano y a mí.

Nada supe del carácter de Martí, ni de su condición, ni de su talento, ni de su alma, porque él me lo haya revelado con palabras; todo lo aprendí observándole en sus elocuentísimos silencios: ¡los silencios de Pepe Martí!

Silencios asombrosos a que me condenan los abnegados, cuando ha desposeído el espíritu de la escritora terrena.

¿Sufría? ¿Gozaba? ¿Dudaba? ¿Creía? Cabía todo amalgamado en su cerebro; pero no definía nada en expresión absoluta: tenía el don poderoso de hacer que lo juzgasen sin poner tampoco nada de su parte, al parecer, por conseguirlo. Se le analizaba porque surgía el análisis; se le quería entonces porque se le admiraba, y entre el cariño y la admiración, nacía la sorpresa de verse frente a un místico reconcentrado en sí mismo: no un San Juan de la Cruz extraviado de otros tiempos, de otras civilizaciones, y encontrado en la edad presente por trashumancia milagrosa a través de los siglos. Era un Pablo ermitaño en su envoltura carnal, que vivía sobre el Tabor de ansias infinitas, ansias de un ideal que ni con la independencia de su patria habría podido saciarse.

Martí tenía de terrenal el profundo conocimiento del pueblo y de los políticos norteamericanos- Su aversión hacia ellos (aversión he dicho, no se espanten los asustadizos) se acentuaba con la frase rápida. Precisa, categórica. Para presentarlos, retratarlos y definirlos.

¹ Canel, Eva: "El gran místico, *El cubano libre*. La escritora trabó una estrecha amistad con José Martí durante su estancia en Nueva York en 1891. Este artículo, escrito a petición del periódico cubano *El cubano libre* y redactado después de visitar la tumba del revolucionario líder cubano, reflexiona sobre la personalidad, el carácter y la forma de ser de Martí a raíz de las conversaciones y encuentros mantenidos como consecuencia de la amistad trabada entre ambos

Jamás hablamos de política española en general, ni antillana en particular; pero sí mucho de España, de literatura, de razas, de sociología, de hombres y de hechos. Yo conocía ya buena parte de América y nuestras conversaciones lo abarcaban todo. ¿Por qué no me hablada de otras cosas? Rehuía la conversación política y él, y yo, en aquel tiempo, no estaba facultada por la experiencia para abordarla ni rozarla siquiera. Su principal y cariñoso objeto era hacernos conocer lo bueno y lo malo del carácter étnico del país en que nos encontrábamos.

-Lo bueno aprovechémoslo -me decía; - lo malo no permitamos que nos lo impongan.

En el entusiasmo de su aversión (vuelvo a repetir la frase) terminó con estas palabras, cierta vez, un período de oratoria impecable: “Si de ellos dependiese la vida independiente de mi patria, no la querría, porque estoy convencido de que no sería del independencia no tal vida”. Inmediatamente volvió sobre sí para preguntarme, con alegre gesto y tono insinuante: ¿Conoce usted el cuento del fraile y el clavo?

-Sí, señor,- le contesté riendo.

-Pues el fraile serían estos señores para Cuba, y el clavo, la protección directa que nos prestasen.

¡Cuánto, cuánto he recordado el clavo a que aludía Martí, visitando ahora esas incomparables bahías de la costa Norte, en donde el clavo del fraile es la “United”, clavado también en Centro América y en Santa Marta (Colombia), y en Bocas del Toro (Panamá), y en todos los países en que se cosechan plátanos, piñas, café, cacao y la planta sacarina.

Pero no: Martí vive en el Cielo, a la derecha del que todo lo puede, y debemos tomarle como intermediario para que ruegue a Dios por la perpetuación de la raza hispana, y el habla hispana y el carácter hispano, en este mundo hermoso, regado con sangre de mártires y de héroes.

Yo no sabía donde estaba enterrado Martí. Pregunté a una persona en la Habana, y a otra en Matanzas, y no supieron contestarme, inclinándose a creer que estaba en Camagüey. Visitando anteayer el Cementerio de esta ciudad, y después de cumplir el deber piadoso de rezar, en nombre de todas las madres españolas, por los inmortales que cayeron en el Caney y en San Juan, pregunté a mi excelente paisano Fernando del Canto, que me acompañaba, dónde estaba el panteón de los cubanos. El guardián del Cementerio exclamó rápidamente: - Allí está Martí.

La impresión que me produjo la revelación fue profunda. No había estado cerca de Martí desde el mes de Septiembre del año 1891; nos despedimos en Nueva York, consolándome él porque yo dejaba a mi hijo en un colegio: era la primera vez que lo entregaba a personas extrañas y mi dolor lo conmovía.

Comprendía ese dolor porque vivía separado de su hijo, del “Ismaelillo” simbólico de sus versos. Me llevó una preciosa cesta de bombones, y me dijo:

-No me escriba. Yo no le escribiré tampoco.

-¿Cómo Martí? ¿Por qué?

-Porque no escribo a quienes bien quiero. Podría llegar a comprometerles. Tampoco escribo a mi madre: la equiparo a usted a ella.

Así nos despedimos.

Entonces no comprendí todo el generoso alcance de aquella resolución: lo comprendí más tarde. Yo volvía para Cuba; él preparaba la revolución con aquella paciencia de benedictino que perduraba en su voluntad por encima de todos los sinsabores y de todos los desengaños.

La nota racial dada en la primera Conferencia Panamericana llevada a cabo por Mr. Blaine no todas las “sanas” intenciones monroistas, las dio Martí por boca de Sáenz Peña, Delegado de la República de Argentina.

Martí era Cónsul de dicha República en Nueva York, Sáenz Peña era todavía joven, todavía romántico, con su historia de voluntario en la guerra del Pacífico, (2) peleando contra los chilenos, al lado de los peruanos, y era un hispanófilo decidido. Este carácter que conservó hasta su ascenso a la Presidencia de la Nación resultaba el más apropiado para que se entendiese con Martí y compaginase sus ideas.

El Cónsul sugestionó al Delegado, inculcándole su dialéctica y acabando de “hacerle las entrañas” de la raza, y documentándolo, intelectualmente, en el conocimiento exacto de lo que pretendía *mister* Blaine con aquella conferencia. Por esto Sáenz Peña puso piedras en el camino que aquel primer secretario de la Casa Blanca pensaba recorrer sin tropiezos.

La frase “América para la Humanidad”, dicha gallardamente por el Delegado argentino en contraposición a la de Monroe, “América para los americanos”, es de Martí, aunque pase a la Historia como dicha por Sáenz Peña. Yo se la oí al Apóstol (y nunca mejor nombre pudieron aplicarle) mucho tiempo antes de la Conferencia. A no pocos argentinos he dicho esto mismo sacándoles del error.

Nada de esto opone a que Sáenz Peña, con ocasión de la guerra hispano yanqui, se pusiese decididamente al lado de España. Antes de ser presidente fue el argentino más español por más enamorado de su raza.

Martí murió a su precisa hora. ¿He dicho una herejía? Asumo, ante su espíritu y ante mi conciencia, toda la responsabilidad de esta afirmación. Un hombre extrahumano, como él era, no hubiese podido soportar las impurezas de la humanidad. Recordemos que San Martín murió en Francia, protegido por un banquero español; y que Bolívar acabó su vida decepcionado y errante, en casa de otro español, en Santa Marta; y que Sucre fue asesinado en los desfiladeros de Berruecos; y que José Miguel Carrera y sus hermanos fueron fusilados en Mendoza. Y si repasamos la historia y vemos el fin material de los padres de la independencia americana, damos gracias a Dios de que el más grande de todos, porque era el más espiritual; aquel que no buscaba la independencia por odio, ni por renegar de la Historia; aquel que no sabía odiar, ni calumniar, ni destruir, y sólo ansiaba edificar; debemos dar gracias a Dios, repito, de que haya caído, cara al sol de la inmortalidad, sin que una brizna de duda haga sombra a su gloria.

No pensaba escribir nada todavía respecto de Martí: lo reservaba para más tarde, cuando repase y estudie sus obras y cuanto sobre él han escrito otros de más autoridad que la mía.

Yo tengo, ciertamente, mucho más que decir, sin haberlo aprendido de nadie; pero no ha llegado el momento.

Hoy, después de haber rezado en su tumba, sólo acepté la invitación que me hizo el amabilísimo *Ducazcal* para dedicarle un recuerdo en *El Cubano Libre...*

Eso son estas líneas.

Un *Padrenuestro* y una lágrima.

Los que visitan su tumba y no le rezan, no saben apreciarle bastante. Para recordar a Martí, hay que invocar a Dios, porque era un místico el “Apóstol” A este artículo añado hoy los únicos autógrafos que conservó de Martí. Tenía más, pero han sido tantas las andanzas de mis papeles que sólo esos me quedan.

[EVA CANEL]